

El paneslavismo democrático

Federico Engels

14 de febrero de 1849

(Tomado de Carlos Marx y Federico Engels, *El Manifiesto del Partido Comunista (anexos)*, páginas 337-343, formato pdf, *Obras Escogidas de Carlos Marx y Federico Engels – Edicions Internacionals Sedov*. También para las notas. *La nueva gaceta renana*, 15 de febrero de 1849.)

Colonia, 14 de febrero de 1849

Hemos señalado a menudo que los dulces sueños nacidos después de las revoluciones de febrero y marzo, los sueños exaltados de confraternización general de los pueblos, de una república federal europea y de la paz mundial eterna, ocultaban básicamente la perplejidad y la inacción ilimitada de los portavoces de la época. No se vio, o no se quiso ver, lo que había que hacer para salvaguardar la revolución; no se pudo, o no se quiso imponer ninguna medida verdaderamente revolucionaria; la estrechez de miras de algunos, las intrigas contrarrevolucionarias de otros se pusieron de acuerdo para dar al pueblo sólo fraseología sentimental en lugar de actos revolucionarios. Lamartine, este fino sinvergüenza lírico, fue el héroe clásico de esta época de traición al pueblo, escondido bajo las flores de la poesía y el brillo de la retórica.

Los pueblos que han hecho la revolución conocen el precio que tuvieron que pagar, en su generosa ingenuidad, creyendo en grandes palabras y en pomposas garantías. En lugar de salvaguardar la revolución, en todas partes las cámaras reaccionarias que la socavaron; en lugar de cumplir las promesas hechas en las barricadas, las contrarrevoluciones de Nápoles, París, Viena, Berlín, la caída de Milán, la guerra contra Hungría; en lugar de la confraternización de los pueblos, la renovación de la Santa Alianza sobre la base más amplia posible y bajo el liderazgo de Inglaterra y Rusia. Y los mismos hombres que, en abril y mayo, todavía aplaudían las frases rimbombantes de la época, sólo piensan en ruborizarse de cómo fueron engañados por tontos y bribones.

Una dolorosa experiencia nos ha enseñado que la “confraternización de los pueblos de Europa” no se establece con simples frases y deseos piadosos, sino con revoluciones radicales y luchas sangrientas; que no es una confraternización de todos los pueblos de Europa bajo bandera republicana, sino la alianza de los pueblos revolucionarios contra los contrarrevolucionarios, una alianza que se concluye no sobre el *papel*, sino sólo en el *campo de batalla*.

En toda Europa occidental, estas amargas pero necesarias experiencias han privado de todo crédito a las líricas frases martinianas. En oriente, por otra parte, todavía existen las llamadas facciones democráticas y revolucionarias que no se cansan de hacerse eco de esta fraseología sentimental y de predicar el evangelio de la hermandad de los pueblos europeos.

Estas fracciones (nos llamamos sobre algunos soñadores ignorantes de habla alemana como el Sr. Ruge y otros) son los paneslavistas democráticos de los diferentes pueblos eslavos.

Tenemos ante nosotros el programa de paneslavismo democrático recogido en un folleto: *Llamamiento a los eslavos*, publicado en Köthen en 1848 por un patriota ruso, Michel Bakunin, miembro del Congreso Esloveno celebrado en Praga.

Bakunin es nuestro amigo. Esto no nos impedirá someter a crítica su folleto.

Escuchemos cómo, desde el principio de su llamamiento, Bakunin vuelve a las ilusiones de marzo y abril pasados.

“El primer signo de vida de la revolución fue inmediatamente un grito de odio contra la vieja opresión, un grito de simpatía y amor hacia todas las nacionalidades oprimidas. Los pueblos [...] finalmente sintieron la ignominia de la que la vieja diplomacia ha acusado a la humanidad, y reconocieron que la salvación de las naciones nunca está asegurada mientras en algún lugar de Europa sólo un pueblo viva en la opresión. Abajo los opresores, fue el grito unánime. ¡Saludos a los oprimidos, a los polacos, a los italianos, a todos! ¡No más guerra de conquista, la última guerra debe librarse hasta el final, el buen combate de la revolución por la liberación definitiva de todos los pueblos! ¡Abajo las barreras artificiales que los congresos de déspotas han levantado por la violencia según las pretendidas necesidades históricas, geográficas, comerciales y estratégicas! No debe haber más líneas de demarcación que las fronteras trazadas por la naturaleza y trazadas por la justicia en un espíritu democrático, que la voluntad soberana de los pueblos determina por sí misma sobre la base de sus particularidades nacionales. Así es como este llamamiento resuena entre todos los pueblos.”

En este pasaje ya encontramos todo el entusiasmo delirante de los primeros meses después de la revolución. No se mencionan los obstáculos reales para una liberación tan general, los grados completamente diferentes de civilización de los pueblos y las diferentes necesidades políticas que éstos determinan. La palabra “libertad” reemplaza todo. De la realidad, ni una palabra, o, en la medida en que se la considera, se la describe como una creación arbitraria de los absolutamente condenables “congresos de déspotas y diplomáticos”. Frente a esta fea realidad, la llamada voluntad del pueblo con su imperativo categórico, con su exigencia absoluta de “libertad” simplemente.

Hemos visto quién era el más fuerte. La llamada voluntad del pueblo sólo ha sido engañada de manera tan ignominiosa por dejarse llevar a abstraerse tan delirantemente de la situación real.

“Por iniciativa propia, la revolución declaró la disolución de los estados despóticos, el reino de Prusia, Austria, el imperio otomano, el imperio ruso finalmente disuelto, el último consuelo de los déspotas [...] y se fijó como objetivo final a alcanzar la federación general de las repúblicas europeas.” (p. 8)

Nosotros, occidentales, podemos encontrar curioso que se pueda considerar como grandes y meritorios estos hermosos planes que vimos fracasar al primer intento de realización. La tragedia fue que la revolución “ciertamente” pronunció “por propia iniciativa la disolución” y que, al mismo tiempo, “por propia iniciativa”, no movió ni un solo dedo para poner en práctica su decreto.

Fue entonces cuando se convocó el Congreso Esloveno. Adoptó plenamente este punto de vista, estas ilusiones. Escuchemos más bien:

“Sintiendo fuertemente los lazos comunes de la historia [¿?] y de la sangre, juramos no dejar que nuestros destinos se separen más. Maldiciendo la política de la que hemos sido víctimas durante tanto tiempo, hemos establecido nuestro propio derecho a la independencia total y hemos prometido solemnemente que ahora será común a todos los pueblos eslavos. Hemos reconocido a Bohemia y Moravia como independientes [...], hemos extendido nuestra mano fraternal al pueblo alemán, a la Alemania democrática. En nombre de los que vivimos en Hungría, hemos ofrecido a los magiares, los enemigos furiosos de nuestra raza [...] una unión fraterna. Tampoco hemos olvidado en nuestra alianza liberadora a los hermanos que gimen bajo el yugo de los turcos. Condenamos solemnemente la política criminal que ha dividido Polonia en tres ocasiones. Eso es lo

que hemos dicho, y con los demócratas de todos los pueblos. [¿?] Exigimos: libertad, igualdad, fraternidad de todas las naciones.” (p. 10)

El paneslavismo democrático todavía formula estos requisitos hoy en día.

“Nos sentíamos seguros de nuestra causa, entonces la justicia y la humanidad estaban a nuestro lado; nuestros enemigos sólo tenían ilegalidad y barbarie con ellos. No eran sueños vacíos a los que nos abandonamos, eran las ideas de la única política verdadera y necesaria, la política de la revolución.”

“Justicia”, “humanidad”, “libertad”, “igualdad”, “fraternidad”, “independencia”; hasta ahora no hemos encontrado nada en el manifiesto paneslavista aparte de estas categorías más o menos morales; suenan bien, ciertamente, pero en cuestiones históricas y políticas no demuestran absolutamente nada. La “justicia”, la “humanidad”, la “libertad” pueden expresar tal o cual exigencia mil y otras mil veces; si la cosa es imposible, no ocurre y sigue siendo sin embargo un “sueño vacío”. Partiendo del papel que la masa de eslavos ha desempeñado desde el Congreso de Praga, los paneslavistas podrían haber disipado sus ilusiones, podrían haberse dado cuenta de que los deseos piadosos y los dulces sueños no tienen ningún poder contra la dura realidad, que su política, como la de la República Francesa, nunca fue la “política de la revolución”. Y sin embargo, siguen volviendo a nosotros hoy, en enero de 1849, con las mismas viejas frases, ¡responsables de la decepción infligida a Europa occidental por la contrarrevolución más sangrienta!

Una sola palabra sobre la “confraternización general de los pueblos” y la delimitación de las “fronteras que la voluntad soberana de los pueblos se determina a sí misma sobre la base de sus particularidades nacionales”. Estados Unidos y México son dos repúblicas; en ambas, el pueblo es soberano.

¿Por qué entre estas dos repúblicas, que según la *teoría moral* deberían ser “fraternas” y “federadas”, se ha desatado una guerra por Texas? ¿Por qué la “voluntad soberana” del pueblo norteamericano, apoyada por el valor de los voluntarios norteamericanos, ha desplazado unos cientos de leguas más al sur las fronteras trazadas por la naturaleza “por necesidades geográficas, comerciales y estratégicas”? ¿Y culpará Bakunin a los norteamericanos de una “guerra de conquista” que, sin duda, asestaría un duro golpe a su teoría basada en la “justicia y la humanidad”, pero que se llevó a cabo pura y simplemente en interés de la civilización? ¿Es una desgracia que la espléndida California esté siendo arrancada a los perezosos mexicanos que no sabían qué hacer con ella? Es una desgracia que los enérgicos yanquis, al explotar rápidamente las minas de oro que oculta, aumenten los recursos monetarios, que concentren en pocos años en esta remota orilla del Océano Pacífico una densa población y un amplio comercio, que funden grandes ciudades, que estén creando nuevas conexiones marítimas, que estén estableciendo un ferrocarril de Nueva York a San Francisco, que estén abriendo el Océano Pacífico a la civilización por primera vez y que, por tercera vez en la historia, estén dando una nueva dirección al comercio mundial? La “independencia” de unos pocos californianos y texanos españoles puede padecer a causa de ello, la “justicia” y otros principios morales pueden ser violados aquí y allá, pero ¿qué pasa con los hechos que son tan importantes para la historia mundial?

Señalamos por otra parte que esta teoría de la confraternización general de los pueblos, que, independientemente de su situación histórica y del grado de su evolución social, no quiere otra cosa que fraternizar en la imprecisión, fue combatida mucho antes de la revolución por los editores de *La nueva gaceta renana* contra sus mejores amigos, los demócratas ingleses y franceses. Los periódicos democráticos ingleses, franceses y belgas de la época lo demuestran.

En cuanto al paneslavismo en particular, en el número 194 de *La nueva gaceta renana* desarrollamos cómo, aparte de las ilusiones basadas en una buena naturalidad, los paneslavistas democráticos en realidad no tienen otro propósito que el de dar, por un lado, en Rusia y, por otro, en la doble monarquía austríaca *dominada por la mayoría eslava y dependiente de Rusia*, un punto de encuentro para los dispersos eslavos austríacos y bajo la dependencia histórica, literaria, política, comercial e industrial de los alemanes y los magiares.

Hemos explicado cómo las naciones pequeñas, remolcadas durante siglos contra su propia voluntad por la historia, fueron necesariamente contrarrevolucionarias, y cómo su posición en la revolución de 1848 fue verdaderamente contrarrevolucionaria. Ante el manifiesto democrático paneslavista que reclama la independencia de todos los eslavos sin distinción, debemos volver a este punto.

En primer lugar, notemos que el romanticismo político y el sentimentalismo de los demócratas en el Congreso Esloavo tienen muchas excusas. Con la excepción de los polacos (por razones obvias, los polacos no son paneslavistas), todos ellos pertenecen a pueblos que, como eslavos del sur, son necesariamente contrarrevolucionarios en virtud de toda su posición histórica, o que, al igual que los rusos, están todavía lejos de hacer una revolución y, por lo tanto, son contrarrevolucionarios, al menos por el momento. Estas fracciones democráticas, gracias a la cultura que han adquirido en el extranjero, buscan armonizar sus opiniones democráticas con su sentimiento nacional, que, como sabemos, es muy marcado entre los eslavos; y al igual que el mundo real, la situación real de su país sólo ofrece ganchos inexistentes o imaginarios a esta reconciliación, no les queda nada más que el lejano “reino del aire de los sueños”, el reino de los deseos piadosos, la política de la fantasía. ¡Qué hermoso sería si los croatas, los pandurianos y los cosacos constituyeran la primera línea de la democracia europea, si el embajador de la República de Siberia entregase en París sus credenciales! Ciertamente, perspectivas muy agradables, pero incluso los paneslavistas más entusiastas no exigirán que la democracia europea espere su realización, y actualmente son las naciones para las que el manifiesto exige particularmente la independencia las que son enemigas particulares de la democracia.

Repetimos: aparte de los polacos, rusos y eslavos de Turquía, ningún pueblo eslavo tiene futuro por la sencilla razón de que los otros eslavos carecen de las condiciones básicas de independencia y viabilidad, condiciones históricas, geográficas, políticas e industriales.

Los pueblos que nunca han tenido su propia historia, que están bajo dominación extranjera desde el momento en que llegan a la etapa más primitiva y bárbara de la civilización, o que sólo llegan a esa primera etapa cuando *son obligados y forzados* por un yugo extranjero, no tienen ninguna viabilidad, nunca pueden lograr ninguna autonomía en absoluto.

Y ese fue el destino de los eslavos austríacos. Los checos, en los que incluiremos a los moravos y los eslovacos, aunque lingüística e históricamente sean diferentes, nunca han tenido una historia. Desde Carlomagno, Bohemia ha estado encadenada a Alemania. La nación checa se emancipó por un momento y formó el reino de Moravia, para ser sojuzgada de inmediato y servir quinientos años de balón con el que jugaron Alemania, Hungría y Polonia. Luego Bohemia y Moravia fueron transferidas definitivamente a Alemania, mientras que las regiones eslovacas siguieron siendo húngaras. ¿Y esta “nación” que, históricamente, no existe, tiene pretensiones de independencia?

Lo mismo ocurre con los llamados eslavos del sur. ¿Dónde está la historia de los eslovenos de Iliria, los dálmatas, los croatas y los scholazos¹? Desde el siglo XI, han perdido la última apariencia de independencia política y han sido puestos bajo dominio alemán, veneciano o magiar. Y, con estos harapos, ¿queremos construir una nación fuerte, independiente y viable?

Mucho más. Si los eslavos de Austria formaran una masa compacta como los polacos, magiares e italianos, si fueran capaces de unir bajo su dirección un estado de doce a veinte millones de hombres, sus reivindicaciones tendrían al menos un carácter serio. ¡Pero es justo lo contrario! Los alemanes y los magiares metieron una gran cuña en su masa hasta la punta de los Cárpatos, casi hasta el Mar Negro; separaron a los checos, moravos y eslovacos de los eslavos del sur por una banda ancha de sesenta a ochenta leguas. Al norte de esta banda, cinco millones y medio de eslavos, en el sur cinco millones y medio, separados por una masa compacta de diez a once millones de alemanes y magiares que combinan historia y necesidad.

Pero, ¿por qué los cinco millones y medio de checos, moravos y eslovacos no pueden formar un imperio, y por qué los cinco millones y medio de eslavos del sur no pueden hacer lo mismo con los eslavos de Turquía?

Consideremos en el primer mapa lingüístico a mano la distribución de los checos y sus vecinos. Están hundido en un rincón en Alemania, hablando un idioma similar, pero comidos, empujados por ambos lados por el elemento alemán. Un tercio de Bohemia habla alemán; en Bohemia por cada veinticuatro checos hay diecisiete alemanes. Y son precisamente los checos los que deben formar el núcleo del imperio eslavo que se nos propone crear; porque los moravos están mezclados con los alemanes como los eslovacos con los alemanes y los magiares; además están completamente desmoralizados desde el punto de vista nacional. ¿Y cómo sería este imperio eslavo, donde *la burguesía alemana de las ciudades* gobernaría finalmente?

Lo mismo ocurre con los eslavos del sur. Los eslovenos y los croatas separan Alemania y Hungría del mar Adriático; Alemania y Hungría *no pueden* separarse del Adriático por “necesidades geográficas y comerciales”, que ciertamente no son un obstáculo para la imaginación de Bakunin, pero que, sin embargo, existen y son cuestiones vitales para Alemania y Hungría, como la costa de escala de Danzig en Riga para Polonia. Y donde se trata de la existencia, del libre despliegue de todos los recursos de las grandes naciones, ¿cómo sería decisiva la consideración sentimental de unos pocos alemanes o eslavos dispersos? Aparte del hecho de que estos eslavos del sur también están mezclados en todas partes con elementos alemanes, magiares e italianos, que, aquí también, la primera mirada echada al mapa lingüístico rompe el proyectado imperio eslavo del sur en pedazos incoherentes y que, en el mejor de los casos, ¡todo el imperio será entregado a *la burguesía italiana* de Trieste, Fiume y Zara, y a *la burguesía alemana* de Agram, Laibach, Karlstad, Semlin, Pancsova y Weisskirchen!

¿Pero no podrían estos eslavos del sur estar vinculados a serbios, bosnios, morlacos y búlgaros? Por supuesto, si, además de las dificultades indicadas, no existiese el odio ancestral del fronterizo austríaco hacia los eslavos de Turquía más allá de Save y Unna; pero esta gente que se conoce desde hace siglos como sinvergüenzas y bandidos se odia entre sí a pesar de su parentesco racial infinitamente más que los eslavos y los magiares.

De hecho, ¡qué agradable sería la posición para los alemanes y los magiares si se ayudase a los eslavos austriacos a obtener sus llamados “derechos”! ¡Un estado independiente de Moravo-Bohemia, hundido en una esquina entre Silesia y Austria,

¹ Scholazos: pueblo eslavo del sur, de fe católica romana, asentado en el sur de Hungría y en el norte de Yugoslavia. Habían huido de Bosnia en el siglo XVII frente al avance turco.

Austria y Estiria, aislado por la “República de los Eslavos del Sur” de su salida natural al Adriático y el Mediterráneo, Alemania Oriental desmenuzada como un pan comido por ratas! Y todo esto en gratitud por las molestias tomadas por los alemanes para civilizar a los checos y eslovenos testarudos, y para introducirles el comercio, la industria, la agricultura y la cultura rentables.

¡Pero el yugo impuesto a los eslavos con el pretexto de civilizarlos es precisamente uno de los grandes crímenes de los alemanes y también de los magiares! Veamos:

“Con todo el derecho os encolerizáis Con todo el derecho escupís vuestra venganza contra esta maldita política alemana que no ha meditado en nada más que en vuestra pérdida, que os ha esclavizado durante siglos.” (p. 5)

“Los magiares, los amargos enemigos de nuestra raza que, con apenas cuatro millones de habitantes, querían imponer su yugo a ocho millones de eslavos...” (p. 9)

“Lo que los magiares hicieron contra nuestros hermanos eslavos, lo que hicieron contra nuestra nacionalidad, cómo pisotearon nuestra lengua y nuestra independencia, sé todo eso.” (p. 30)

¿Cuáles son los grandes y terribles crímenes cometidos por los alemanes y los magiares contra la nación eslava? No estamos hablando de la división de Polonia, que no es nuestro tema en absoluto, estamos hablando del “mal secular” que les habríamos causado a los eslavos.

En el norte, los alemanes reconquistaron contra los eslavos el territorio antes alemán y después eslavo que se extendía desde el Elba hasta el Warthe; se trataba de una conquista determinada por las “necesidades geográficas y estratégicas” resultantes de la división del imperio carolingio. Estas tierras eslavas están completamente germanizadas, el caso está zanjado y no puede ser cuestionado a menos que los paneslavistas encuentren las lenguas soraba, wendish y obotrita que se han perdido y obliguen a los habitantes de Leipzig, Berlín y Stettin a hablarlas. Hasta ahora, nunca ha habido ninguna duda de que esta conquista ha promovido la civilización.

En el sur, encontraron a las tribus eslavas ya dispersas. Los avaros (no eslavos) que ocuparon el territorio conquistado más tarde por los magiares se habían ocupado de él. Los alemanes fueron homenajeados por estos eslavos y a menudo lucharon con ellos. Lucharon de la misma manera contra los avaros y los magiares, a quienes tomaron todo el país de Ems a Leitha. Si bien germanizaron esta región por la fuerza, la germanización de los países eslavos se llevó a cabo sobre una base mucho más pacífica a través de la inmigración, a través de la influencia de la nación más desarrollada sobre la que no lo era. La industria alemana, el comercio alemán, la cultura alemana trajeron el idioma alemán al país por su cuenta. En cuanto a la “opresión”, los eslavos no eran más oprimidos por los alemanes que la masa de los propios alemanes.

En cuanto a los magiares, también hay muchos alemanes en Hungría y los magiares nunca han tenido que quejarse de la “*maldita política alemana*”, ¡aunque eran “apenas cuatro millones”! Y si, durante *ocho siglos*, los “ocho millones de eslavos” tuvieron que soportar el yugo de cuatro millones de magiares, ¡sólo esto puede demostrar qué era más viable y más enérgico, la masa de eslavos o el pequeño número de magiares!

¡Pero el mayor “crimen” de los alemanes y magiares es ciertamente haber impedido que estos doce millones de eslavos se convirtieran en turcos! ¿Qué habría pasado con estas pequeñas naciones desmoronadas que históricamente han jugado un papel tan pobre, qué habría pasado con ellas si no hubieran sido mantenidas y dirigidas por los magiares y alemanes contra los ejércitos de Mahoma y Solimán, si sus llamados “opresores” no hubieran jugado un papel decisivo en las batallas libradas para defender a

estos pueblos débiles? ¿No es un testimonio suficiente el destino de “doce millones de eslavos”, valacos y griegos aplastados hasta hoy por “setecientos mil Osmanes” (p. 8)?

Y finalmente, ¡qué “crimen”, qué “política maldita” es, si en un momento en que, además, en Europa las grandes monarquías se convirtieron en una “necesidad histórica”, los alemanes y los magiares reunieron en un gran imperio a pequeños grupos nacionales, lánguidos e impotentes, permitiéndoles así participar en una evolución histórica que les habría sido completamente ajena si hubieran sido abandonados a su suerte! Obviamente, tales logros son imposibles sin aplastar brutalmente unas pocas flores nacionales tiernas. Pero en la historia, nada sucede sin violencia y brutalidad implacable. Y si Alejandro, César y Napoleón hubieran mostrado la sensibilidad a la que el paneslavismo apela a favor de sus clientes² decadentes, ¡qué habría sido de la historia! ¿Y no son los persas, celtas y alemanes convertidos al cristianismo tan buenos como los checos, los soldados de Ogalin y los casacas rojas?

Ahora, sin embargo, debido al poderoso progreso de la industria, el comercio y las comunicaciones, la centralización política se ha convertido en una necesidad aún más apremiante que en los siglos XV y XVI. Todo lo que todavía puede ser centralizado se centraliza. ¡Y *ahora* llegan los paneslavistas y exigen que “liberemos” a estos eslavos semigermanizados, que abolamos una centralización impuesta a estos eslavos por todos sus intereses materiales!

En resumen, resulta que estos “crímenes” de los alemanes y magiares contra los eslavos en cuestión pertenecen a las mejores y más notables acciones de las que nuestro pueblo y el pueblo magiar puedan jactarse en la historia.

En cuanto a los magiares, cabe señalar también que, desde la revolución en particular, han procedido con demasiada indulgencia y debilidad con los croatas santurrones. Es bien sabido que Kossuth les ha hecho todas las concesiones posibles, excepto dejar que sus diputados hablen croata en la Dieta. Y esta indulgencia hacia una nación contrarrevolucionaria por naturaleza es el único reproche que podemos hacer a los magiares.

Edicions Internacionals Sedov
Serie Marx y Engels, algunos materiales

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es

² Cliente: plebeyo romano sometido a la protección de un patrono patricio.